



SER ÁRBOL

en

QUITO

Mariana Landázuri Camacho

Quando queremos comprender por lo que está pasando otra persona, decimos que nos ponemos en sus zapatos. Para tener la misma empatía con los árboles tendríamos que ponernos en sus raíces, y desde allí experimentar el sufrimiento del árbol en ciudades como la nuestra.

Sacados de su hábitat natural que es el bosque, los árboles reciben un excesivo brillo solar en cualquier urbe, pero el ambiente que les ofrece una ciudad como Quito es el más inhóspito posible. Para empezar, con lo que se topan las raíces es lo que suele haber en el suelo urbano: plástico, cemento, piedras, desechos de construcción, objetos inservibles enterrados o tragados por el kikuyo.

Si son árboles de acera o de parterre, todo el suelo de alrededor está pavimentado -lo que equivale a decir estrangular al árbol-, la hojarasca que bota no puede convertirse en su propio abono, el agua lluvia tiene poca superficie para irrigarlo, y ningún vecino cree que él o ella pueda abonarle. ¡¿Ellos?! La sola mención parecería una afrenta. Si lo que en realidad quisieran es que ese árbol no les estorbe, no haga tanta basura, no tope los cables, ni quite visibilidad. Sin mencionar siquiera que hacer trabajo manual y físico les sigue pareciendo inferior, casi indigno de la posición social que han alcanzado. “¿Y para un árbol que no es ni mío? ¡Que eso haga el Municipio, acaso ese trabajo voy a hacer yo!”

Quizás no nos atreveríamos a afirmar que detestamos a los árboles porque eso tampoco queda bien, pero lo que hace la ciudad no se puede llamar de otra manera. No es solamente echar a la atmósfera toda la

combustión del parque automotor en una altitud donde hay mucho menos oxígeno, es también incenarlos en verano, usarlos de urinario al punto de que mueren por exceso de ácido úrico, o mocharlos infamemente hasta dejarlos casi en tronco. No, no nos gusta vernos en ese espejo, pero esa es la imagen que nos devuelve.

Servicio público

Si la vida es siempre un milagro, la de los árboles en nuestra ciudad es una muestra fehaciente; hay dos opciones: o es una maldición que les cayó a los árboles que sobreviven, o es la prueba del mayor amor incondicional que tenemos en el mundo natural. Porque esos supervivientes nos prestan unos servicios ambientales sea que odiemos o amemos al árbol, sea que esté en un predio público o privado, sea que sepamos cuáles son esos servicios o no: producen oxígeno y sombra, refrescan y humedecen el ambiente, regulan el viento y el clima, retienen y filtran el hollín, crean belleza y permiten el reposo, el entretenimiento y el disfrute. Listados así, se diría que no hay quién no quiera todos esos beneficios, pero el comportamiento generalizado que exhibimos es el que nos consta públicamente.

El detalle es que para recibir esos beneficios los árboles necesitan ser cuidados, y sin bosque urbano cualquier ciudad se ahoga. O de una vez nos ponemos de acuerdo en ahogarnos y planificamos urbanizaciones sin árboles, y así tantos problemas se resuelven: ¿no son ellos la guarida de ladrones y asaltantes, el escondite para los enamorados, los que levantan las ve-

redas y se meten en la alcantarilla? ¿Eso quisiéramos: sólo cemento, cámaras de vigilancia, guardias de seguridad y que conmigo no se meta nadie?

Ese bosque urbano, como lo llaman los arboristas, necesita no sólo ser cuidado, sino planificado: qué especie se puede sembrar de acuerdo al comportamiento que se requiere de ella en un lugar determinado. Los árboles que se plantan en la vereda requieren unas condiciones distintas (tallo alto, follaje superior) que las plantas para el parterre (arbustivas, follaje inferior). Incluso depende de cuánto tránsito soporte la calle, de si los cables han sido soterrados o no. En el último caso hay que saber cómo resolver el conflicto entre el arbolado y las redes eléctricas, cómo se hace la poda para que no desestructure al árbol, qué seguridades deben tomar los arboristas consigo mismo y en el área de afectación de un árbol que va a ser intervenido. Para todo eso y mucho más hay unas técnicas y un protocolo que se conocen como arboricultura.

En esa mira, fue alentador ver a una veintena de jóvenes empleados municipales expandir los horizontes de su profesión durante las III Jornadas Internacionales de Arboricultura, organizadas por el Jardín Botánico de Quito y la Gerencia de Espacio Público del Municipio, en noviembre de 2012 (ver en Facebook Jornadas Internacionales de Arboricultura Por un Bosque sin Fronteras). La satisfacción de los asistentes se expresaba no solamente en su sonrisa y su mirada, sino en el reconocimiento de la mayor autoestima y valoración que su trabajo puede llegar a brindarles.

Un censo de árboles

Así como hay un censo de población y vivienda, así mismo hay uno del arbolado urbano. Unos técnicos van de árbol en árbol llenando unas cartillas que se han diseñado para el efecto. La ciudad más próxima que cuenta ya con esta herramienta es Bogotá y de allí

se toman algunos indicadores que nos sirven porque la altitud de ambas ciudades es similar y el tipo de árboles también.

En el caso bogotano el proceso efectivo tomó dos años, terminó en el 2009, costó 2,5 millones de dólares y registró toda especie que tuviera más de 75 cm de altura, excluidas herbáceas y jardines, según informa Carlos Llanos, ingeniero forestal y presidente del Comité Hispano de la Sociedad Internacional de Arboricultura (www.isahispana.com). Por el censo saben que la capital colombiana tiene 1'260.000 árboles de espacio y uso público. También saben que más de 120.000 de esos árboles se encuentran en riesgo crítico.

¿Cómo sabemos cuáles son nuestras condiciones? Las únicas estimaciones que tenemos dicen que el bosque urbano en Quito es unas 6 veces menor al de Bogotá. Y se habla ya de un presupuesto inicial que permita establecer en este 2013 las bases para el censo del arbolado. Desde la normativa, la Ordenanza Metropolitana N° 0282 expedida en septiembre de 2012 empieza a tratar también por primera vez el tema del arbolado público en el Distrito (ver texto oficial en www.quito.gob.ec).

El sentido de hacer un censo y de mejorar las condiciones del bosque urbano sería también una forma indirecta de hacernos cargo de la enorme huella ecológica que produce la ciudad de Quito. Al requerir servicios que vienen de la naturaleza para sostener a tanta gente que no genera ninguno de ellos (agua, combustibles, producción agrícola, ganadera y minera) la ciudad impacta fuertemente en las zonas de donde provienen esos bienes, y no reconoce ni repara ese impacto allá en donde se produce.

Decidirnos por cuidar los árboles a los que vemos puede hacernos comprender por qué nos conviene también cuidar a los que no vemos. Visto en esa perspectiva, cada acción cuenta para reducir la huella ecológica de la ciudad: desde bajarse del auto hasta usar mesuradamente el agua.



Participantes de las Jornadas Internacionales de Arboricultura Por un Bosque sin Fronteras

Árboles patrimoniales

Tal vez como estrategia de protección a los árboles ante el horror de verlos sucumbir en la selva de cemento, se está imponiendo en todo el mundo declarar patrimoniales a ciertos ejemplares que reúnen determinadas características que los hacen notables.

En el Distrito Metropolitano de Quito están catalogados más de 300 individuos de 32 especies distintas en 20 localidades diferentes (para conocerlos favor visitar www.arbolespatrimonialesdmq.com). Todavía se necesita la declaratoria oficial por parte del Concejo Metropolitano y esperamos que eso suceda en este 2013; pero no va a suceder sin presión ciudadana, aunque sea un tema para el que en general no haya resistencia. Eso empieza por saber que tales árboles existen y que sin eso es imposible que nos importen. Sólo allí podemos hacer conocer a los concejales que estamos esperando esa declaratoria para que la podamos tener lista antes del 22 de mayo, día del árbol. Esa sería una excelente fecha para celebrarlo colectivamente. Una concejala que está al tanto del tema y ha ofrecido su apoyo para esta aprobación es la Dra. Beatriz León (beatriz.leon@quito.gob.ec) y también usted puede escribirle.

Todos los árboles patrimoniales necesitan mantenimiento y eso cuesta, es decir que no solamente se trata de aprobar, también se necesita financiamiento. Los técnicos del Jardín Botánico calculan que son \$US350 (trescientos cincuenta dólares) los que se requieren anualmente por cada árbol patrimonial para poder mantenerlo en condiciones óptimas. ¿Las empresas no se pueden deducir ese monto de su pago de Impuesto a la Renta si aportan para esta causa?

Más allá de lo financiero hay muchos otros pasos que debemos dar como sociedad para proteger a los árboles patrimoniales. También el ciudadano de a pie debe colaborar, sobre todo él, por ejemplo en dejar de usarlos como urinario. ¿Qué se necesita además de consciencia: más servicios higiénicos públicos, más campañas de difusión, más señalética, más amigos del árbol o del parque? Hay que estructurar y hacer viables muchas ideas y propuestas para que podamos apropiarnos y enorgullecernos de nuestros árboles patrimoniales.



Nombre común: Magnolia
Nombre científico: *Magnolia grandiflora*
Ubicación: Plaza Independencia,
Referencia: Frente al Palacio de Carondelet

El principio

En Quito estamos recién al inicio de una tarea paciente. Como saben los arboristas, a nosotros nos toca plantar los árboles que podrá disfrutar recién la siguiente generación. Y si no hacemos lo que nos corresponde con los que ya existen, el bosque urbano sólo seguirá degradándose paulatinamente. Los árboles no mueren de contado, van agonizando durante varios años, pidiendo a gritos lo que nos negamos a oír.

Estos sabios seres vienen evolucionando desde hace millones de años y aunque sepamos tan poco acerca de cómo tratarlos en las ciudades, ellos son testimonio vivo de que están dispuestos a echar raíces a nuestro lado.

Somos nosotros los que no hemos expandido nuestra consciencia para acogerlos. Y eso empieza porque estemos dispuestos a ponernos en sus raíces.

www.marianalandazuri.com



Parque El Ejido - Quito, Pichincha, Ecuador